

cabeza de su diálogo sobre el amor. Olimpia Marata compuso arengas, cartas, diálogos en latín y poesías griegas. Habiéndole precisado sus opiniones religiosas á abandonar á Ferrara con su marido Andrés Grunther, que era protestante, la universidad de Heidelberg los invitó á que él enseñara la medicina, y ella la lengua griega; pero murió esta dama á la edad de veinte y nueve años. Gaspara Stampa, de Pádua, compuso versos suspirando por Collalto, guerrero que hizo poco caso de ella, y que se fastidió de tantos gemidos como espresaban sus rimas. Verónica Gambara, de Brescia, después de haber sido en su juventud la amiga de Bembo, y luego, por espacio de nueve años, la mujer de Gilberto de Correggio, pasó en una casta y estudiosa viudez el resto de su vida.

Victoria Colonna (1490-1547), hija del gran

condestable Fabricio, cultivó la poesía con más éxito que sus émulos. Prometida en matrimonio á la edad de cuatro años á Alfonso, marqués de Pescara, que tenía la misma edad, se casó á los diez y siete, pero murió él á los treinta y cinco en la batalla de Pavía, y dulcificó su dolor cantándole, y entregándose después con fervor á las prácticas religiosas. Amada de Miguel Angel, cortejada por lo selecto de los hombres de aquella época, conservó una reputación sin mancha (31).

(31) Aun podemos añadir á Isabel de Este, Argentina Pallavicina, Blanca y Lucrecia Rangone, Francisca Trivalcio, Maria de Cardona, Porcia Malvezzi, Angiola Sirena, Laura Batiferra, Laura Terracina, Silvia Bandinelli, Clara Matriani; estas dos últimas naturales de Luca...

CAPÍTULO XI

HISTORIADORES POLÍTICOS.—CIENCIA DE LA GUERRA.

Entre tantos espíritus frívolos é indiferentes, era imposible que los grandes intereses que se agitaban en aquella época no encontrasen á nadie que emprendiese contarlos dignamente, para meditar sobre la naturaleza de los acontecimientos y buscar sus mútuas relaciones.

La gloria de haber producido los mejores historiadores recae también en Florencia. Jacobo Nardi (1476-1555), que se había formado traduciendo á Tito Livio, escribió con conocimiento completo de los hechos, las vicisitudes de aquella república desde 1492 hasta 1531. Prodigia las sentencias, pero su estilo es castigado. Se muestra como desterrado tan hostil á los Médicis, como Felipe Nerli, cuyo trabajo adelanta seis años más, les manifiesta benevolencia. Bernardo Segni, de condición noble (1558), narró los acontecimientos de los tres años en que Florencia estuvo libre para hacer ver «cuáles eran las costumbres de los ciudadanos florentinos durante la libertad, á fin de que la posteridad no cifre muchas esperanzas en la gloria y dulzura de la vida de los libres.» Correcto escritor, aunque falto de elegancia, pertenecía al partido moderado, y estaba asociado con el gonfalonero Nicolás Capponi, cuya vida escribió. Continuó luego su historia hasta la toma de Siena, advirtiéndose en ella escaso arte para urdir las intrigas y enlazar los pasajes, pero mucha candidez así en el alma como en el estilo.

Varchi, 1502-65.—Benito Varchi comienza en la última proclama de la libertad florentina para detenerse en la elevación de Cosme I. No fué testigo de los hechos, como sus tres predecesores; pero escribe con arreglo á los documentos nuevos, y por los datos que le proporcionaba en sus cartas J. B. Busini (1). Asalariado por los Médicis para

(1) Estas importantes cartas se han publicado en Pisa por Rosini, en 1822.

cumplir esta misión, no supo decir ni callar bastante para satisfacerlos, y se trató de suprimir su libro. Aunque prolijo, desigual y careciendo del arte necesario para elegir bien las circunstancias, se hizo leer, por su constante amor á la patria. Nos traslada verdaderamente entre aquellos últimos ciudadanos libres, contando minuciosamente cada detalle y cada discurso, y si no dice por qué medios la libertad fué abatida y reemplazada por la paz, es decir, por la servidumbre, lo deja adivinar.

Aunque Escipion Ammirato de Lecce haya escrito también, por orden de Cosme I, una historia de Florencia desde su fundación hasta 1574, como también la genealogía de las familias florentinas, no muestra servilismo. Se había propuesto por modelo á Tácito, que era el menos imitable de los antiguos. El discurso de don Vicente Borghini sobre la historia florentina está lleno de erudición. El veneciano Juan Miguel Bruto acompañó á Polonia á Esteban Batori; fué nombrado en Praga historiógrafo de Rodolfo II, y parece que murió en Transilvania. Con el objeto de no verse espuesto á venderse, se acostumbró á una vida frugal y bajo la inspiración de los desterrados emprendió vengar á los florentinos de las aduladoras calumnias de Pablo Jove, descubriendo por qué iníquos medios habían conseguido los Médicis sofocar la libertad en su patria. Como había visto varios países, pudo elevarse á consideraciones más estensas que los pedantes asalariados, cuyas adulaciones corrige por el sentimiento de odio de que se encuentra animado. Jacobo Pitti nos ofrece la mejor relación que tenemos desde 1494 hasta 1529. Compila con frecuencia, pero con cuidado y juicio, los escritos de los que le han precedido, tributando á los Médicis las alabanzas que pocos tenían valor para negárselas; pero á esto no debía haberse prestado el que había hecho la apología

de los Cappucci, y elogiado al gobierno de Florencia desde el tiempo de Soderini, reprobando á Maquiavelo, á Guicciardini y las demás plumas venales.

Guicciardini, 1482-1540.—Ya hemos tenido anteriormente ocasion de revelar la vergonzosa conducta de Francisco Guicciardini en los negocios de su patria. Se había lisonjeado con la esperanza de casar á su hija con Cosme de Médicis, nuevo señor de Florencia; pero vió así como Vettori y los demás fautores de aquella tiranía, pagados sus servicios con el desprecio y tal vez con algo peor; así es que el despecho de la ambición desengañada y del orgullo humillado llenó de amargura sus últimos días. Entonces fué cuando, en parte para justificarse, y en parte para transmitir con otros títulos su nombre á la posteridad, trató Guicciardini de llevar á cabo una obra meditada de antemano en el tumulto de los negocios, esto es, la historia de Italia desde la bajada de Carlos VIII á aquel territorio.

Actor de los acontecimientos que refiere, jurisculto, embajador, guerrero, empleado en los gobiernos de la Romaña, teniente general del ejército pontificio contra Carlos Quinto, posee las dos cualidades necesarias á un cumplido historiador, á saber: observar, y saber decir. Acostumbrado á sondear los corazones, é implicado varias veces en vergonzosas maniobras, su mirada alcanza á mucho y aplica juiciosamente observaciones generales. Rico en relaciones íntimas y en juicios propios, describe un cuadro exacto de la política y de la sociedad; cuadro horrible, en el que no se ve nunca virtud, religion ni conciencia, y si siempre ambición, interés, cálculo ó envidia. Difícilmente se encontraría otro escritor moderno que se acerque tanto como él á los antiguos en la magnificencia de la esposición, la majestad constante del estilo y la vivacidad de las descripciones. Pero la imitación evidente de la antiüedad le hace incurrir á veces en la retórica. Escribía primero los hechos, reservándose insertar después en el cuerpo del relato discursos acabados con gran arte, pero que nadie lee. Esto es, lo que hace que se encuentren tan pocos de ellos, y éstos apenas bosquejados, en los cuatro últimos libros, al paso que abundan en los cinco primeros donde se han elaborado con cuidado. La imitación le hace emplear con frecuencia no sólo espresiones y frases oscuras, sino también sentimientos que en el día son incomprensibles ó ridículos (2). Al mismo tiempo que da importancia á cosas frívolas, descuida en otras partes las graves. Los perío-

(2) Dice, por ejemplo, al principio del siglo XIV: «Parece que después de haber estado tres años en paz la Italia aunque dudosa y suspensa, tuvo en su contra al cielo, su destino, y á la fortuna envidiosa de su tranquilidad, que tenía (si descansaba más tiempo) recobrarse su antigua felicidad.»

dos están tan llenos de materia, que un editor moderno ha tenido el mayor trabajo en desenredarlos de cualquier modo (3). No queremos animar á los escritores de nuestros días á dividir la historia en folletines; pero no hay duda en que la continua prolijidad de Guicciardini daña ciertamente á la rapidez de la relacion (4). Hay, sin

(3) Sirva de ejemplo éste, que es sin embargo de los más claros, y que cito tambien por las muchas sentencias hermosas y bien espresadas: «Estas cosas dichas en sustancia por el cardenal (de San Pedro Advíncula), pero según su carácter, mas con un sentido eficaz y con gestos impetuosos y vivos, que con adornos de palabras, conmovieron tanto el ánimo del rey, que oyendo sólo á los que le animaban á emprender la guerra, partió el mismo día de Viena, acompañado de todos los señores y capitanes del reino de Francia, excepto el duque de Borbon, al cual encargó la administración de todo el reino, el almirante y algunos otros, enviados á gobernar y custodiar las provincias más importantes, y yendo á Italia, al través de la montaña de Monginenvra, mucho más fácil de pasar que la de Monanese, y por donde pasó en lo antiguo con increíble dificultad el cartaginés Anibal, entró en Asti el día 9 de setiembre del año 1494, llevando consigo á Italia el germen de innumerables calamidades y horribles accidentes y la variación de casi todas las cosas; pues no sólo provinieron de su ida á Italia varias mutaciones de Estados, trastornos de reinos, desolaciones de países, destrucciones de ciudades, asesinatos en extremo crüeles, sino tambien nuevos hábitos, nuevas costumbres, nuevos y sangrientos modos de hacer la guerra, enfermedades no conocidas antes; y se desarreglaron de tal manera los instrumentos de la quietud y concordia de Italia, que no habiendo sido posible volver á ponerlos en orden otras naciones extranjeras y ejércitos bárbaros, han podido conculcarla miserablemente y devastarla; y para mayor desdicha, á fin de que el denuedo del vencedor no disminuyese nuestra vergüenza, aquel cuya venida produjo tantos males, si bien dotado ampliamente de los bienes que da la fortuna, estaba privado de casi todas las cualidades, fruto de la naturaleza y del ánimo; porque Carlos, desde la niñez tuvo una complexion muy débil y el cuerpo no sano, estatura pequeña y de aspecto (si se le quita el vigor y la dignidad de los ojos) feísimo, los demás miembros desproporcionados, de suerte que más parecía un monstruo que un hombre; careciendo no sólo de todo conocimiento de bellas artes, sino hasta ignorando casi los caracteres de las letras; ansioso de mandar, aunque más hábil en otras cosas; pues escitado siempre por sus súbditos, no conservaba respecto de ellos majestad ni autoridad; ajeno á las fatigas y negocios, y en los pocos de que se cuidaba, pobre de prudencia y de juicio; si alguna cosa parecía en él digna de elogio, cuando se la miraba intrínsecamente, resultaba hallarse más cerca del vicio que de la virtud; en su inclinación á la gloria había más impetu que consejo; su liberalidad era inconsiderada y sin medida ni distinción: mostrábase á veces inmutable en las deliberaciones, pero consistía más en obstinacion mal fundada que en constancia, y lo que muchos llamaban bondad merecía mejor, por lo comun, el nombre de frialdad y de flojedad de alma.

(4) Troyano Boccalini introdujo en sus espirituales *Noticias del Parnasso*, un Espartano, que por haber espresado en tres palabras lo que quería decir en dos, es condenado á leer á Guicciardini. Después de haber recorrido

embargo, mucho que aprender del más grande de los historiadores de Italia, y principalmente todo el arte del retórico no basta para disfrazar la iniquidad de los príncipes ni la bajeza de los autores.

Se ve, pues, que ya no se trató de leer á los historiadores por los hechos más bien que por ellos mismos, como sucedía en los siglos precedentes, y aun fuera de Italia. Son verdaderos literatos, que conceden á su obra un estuioso cuidado, además de los que hicieron del arte su único objeto: tal fué el florentino Pedro Francisco Giambullari (1564), que escribió en hermoso lenguaje los hechos generales de Europa, comenzando desde el siglo IX, y que es por lo mismo tan apreciado de las escuelas que separan las palabras de la idea.

El cargo de historiógrafo de la república se creó en Venecia para Sabellico, escritor tan mediano como venal; después se le dió á Andrés Navagero. Este continuó la relacion de Sabellico hasta 1498, y no habiéndola podido terminar, quiso se quemase. Sea lo que quiera, la traducción italiana, verdadera ó supuesta, que existe de ella, es una de las historias que tienen más mérito. Pedro Morosini emprendió rehacer en italiano tanto este trabajo como el de Pedro Giustiniani, que escribió en latín los acontecimientos sucedidos hasta 1555, y después hasta 1575. Llega hasta el año 1486, época en la cual comienza Bembo; pero como no están indicadas las fuentes, estas historias tienen menos autoridad y merecen poco credito. Pablo Paruta, autor de la *Guerra de Chipre*, cuenta en italiano los hechos que pasaron desde 1513 hasta 1552. Instruido en los negocios y en las intrigas públicas, escribió tambien *Discursos políticos*, con ideas nada vulgares sobre la grandeza y decadencia de Roma. El capítulo titulado *Si las fuerzas de las ligas son aptas para ejecutar grandes empresas*, merece atencion particular.

Sanuto, 1466-1535.—Marin Sanuto, escelente historiador y estadista, escribió día por día desde 1495 hasta 1533, todo lo que sucedió en la república: «trató, dice, de lo que aconteció en Italia, y por consecuencia en todo el mundo, bajo forma de diario, en honor de mi patria veneciana, y no por un salario que se me diera por la república, como otros, que sin embargo escriben poco ó nada.» Cumplió esta mision apoyándose en documentos, tanto públicos como particulares, y esponiendo los acontecimientos que le eran personales, importantes como ciudadano participe que era de la soberanía. El consejo de los Diez autorizó á Sanuto para que consultase los archivos, «y las cartas que trasmitian las noticias de las diferentes partes del mundo, que llegaban diariamente, de los oradores ó retóricos de la república, después de haber sido

leídas en Pregadi, cuando no se haya recomendado particularmente mantenerlas secretas, á fin de que el dicho diario pueda estar redactado con exactitud.» (5) Sus *Vidas de los duces* están impresas; pero cincuenta y ocho gruesos tomos en folio de sus manuscritos que había dejado al consejo de los Diez, como único patrimonio de una familia de dux, soberana de Naxos, y de las demás islas del Archipiélago, han ido á parar á la biblioteca de Viena (6). Sanuto perteneció constantemente á la oposicion; pero queriendo conservar las antiguas instituciones de su patria, rechazaba las mejoras que reclamaba el siglo.

Los anales de Génova fueron escritos en italiano, sin arte, pero con mucha verdad, en atencion á que no estaban destinados á la publicidad, por Agustin Giustiniani. Huberto Foglietta, latino puro, se manifiesta siempre lleno de vivacidad en sus dos libros *De la república de Génova*. Declama en ellas contra la nobleza, lo que hizo se le deterrase como rebelde. Acogido en Roma por Hipólito de Este, escribió allí, aunque sin documentos, los elogios de los genoveses, y la historia de su patria hasta 1527. La historia de Bonfadio en cinco libros, desde 1528 hasta 1550, es clásica. Ofrece un cuadro fiel de las agitaciones de aquella república, de la que se ha podido decir con verdad, que sus historiadores valian más que su historia. Pedro Bizarro de Sassoferrato fué el primero que publicó, en Ambères, una completa, en 1579. Está en treinta y tres libros; pero compuesta por segunda mano, tiene además la falta de separar los hechos interiores de los esteriore.

Benvenuto de San Jorge, conde de Biandrate, escribió en latin una historia muy exacta del Monferrato, haciendo contribuir á ella los archivos, que podia consultar á su antojo. La historia de Nápoles en veinte libros, que comprende desde 1250 hasta 1489, por Angel de Costanzo, tiene un estilo claro; pero lánguido y nada sobresaliente, no indemniza la monotonía. Solo si tiene el mérito de citar los documentos. Camilo Porzio ha escrito la conjuración de los barones contra Fernando I, que forma un episodio muy estimado. Juan Bautista Adriani ha escrito la historia de toda la Italia desde 1536 hasta 1574.

Pablo Jove de Como, obispo de Nocera, trató con bastante estension en un latin elegante, ya que no puro, el cuadro de los tiempos en que vivió, es decir, desde 1494 hasta 1547. Su posicion le per-

(5) Este hecho sirve de refutación á la recelosa desconfianza imputada al gobierno veneciano. El mismo ofrecimiento se hizo á Bembo, quien se contentó con pedir se le permitiese consultar aquellos diarios. Pero en los archivos del consejo de los Diez, se encontró el ejemplar primitivo de la historia de Bembo, mutilado por el indiscreto celo de un pintor.

(6) Véase RAWDON BROWN, *Ragguagli sulla vita e le opere di Marin Sanuto, detto Juniore, veneto patrizio*, etc. Venecia, 1838.

algunas páginas, pide por favor ser enviado á galeras, antes que sufrir semejante suplicio.

mitió conocer muchos hechos ignorados en su mayor parte de los demás; pero son precisamente los que en él inspiran menos confianza; en efecto, venal hasta el esceso, no sabe hacer más que panegíricos ó diatribas, cree poco en la generosidad, trata de justificar las malas acciones de sus héroes. El obispo de Pavia sucumbe asesinado, y él prorrumpe en invectivas contra él para disculpar al duque de Urbino; Gonzalo de Córdoba vende á César Borgia, y Pablo Jove le disculpa. Como se le advirtiese una vez que había referido un hecho falso: *Dejadlo, contestó; dentro de trescientos años todo será verdad*. Los trescientos años han pasado, y el laurel que se alcanza entre las contradicciones de los fuertes y las lágrimas de los que sufren le ha sido arrebatado (7).

Su hermano Benito ha dejado una historia regular de Como; Juan Bautista Pigna de Ferrara, la de los príncipes de Este; Polidoro Virgilio, de Urbino, la de Inglaterra, que emprendió por orden de Enrique VIII; es una obra no menos mezquina que su tratado *De inventaribus rerum*. Pablo Emilio de Verona, hizo para Luis XII la historia de Francia hasta 1489, poniendo en cierto orden los hechos antiguos, tanto como lo permitía la crítica de aquella época, y su trabajo permaneció por algún tiempo lo mejor que existía sobre el asunto.

Lucas Contile, historiador cuidadoso y claro, aunque con poco valor, se elevó escribiendo sobre las divisas y sobre los escudos de armas á ideas más generales. Hizo la corte á la marquesa del Vasto y á Victoria Colonna. Su poema de la *Nice*, que dedicó á esta última, no tiene nada de casto; compara sus virtudes al vellocino de oro y á las manzanas también de oro de las Hespérides, que tienen por custodios, en lugar del dragón, á sus hermosos ojos, de los cuales no pudieran triunfar sino Jason ó Hércules. Valeriano Pierio escribió sobre los geroglíficos como se podía hacer entonces sobre las antigüedades de Bellune y sobre la desgracia de los literatos; obra capaz de triplicarse actualmente, agregándole, lo cual él no hizo, las miserias naturales á la humanidad. Juan Guiccionini, de Viareggio, obispo de Fossombrone, hombre excelente y sincero, animado por sentimientos cristianos y á la vez patrióticos, acompañó á Carlos Quinto á Africa en calidad de nuncio, y dejó en sus cartas, que comprenden desde 1480 hasta 1551, datos preciosos sobre los negocios de aquella época. Quedan muchas relaciones de embajadores de este género, principalmente de los de Venecia, que ofrecen, además de datos estadísticos, preceptos y aplicaciones de política y economía.

(7) Carlos Quinto, aunque ambicionaba sus alabanzas, llamaba á Jove y á Sleidan, sus dos embusteros; al uno porque decía demasiado bien de él, y al otro demasiado mal.

No haremos mencion de los historiadores particulares que han escrito sobre un hecho aislado ó sobre tal ó cual ciudad. Nos sería por otra parte imposible señalar uno que se hubiera abierto un nuevo camino, ó que hubiese marchado por el antiguo con planta firme: todos no han dejado más que materiales que aguardan aun la mano destinada á ponerlos por obra para formar la historia de Italia. Refieren rara vez los documentos y no tienen bastante crítica para elegir: por lo demás, se apasionaban por un país ó un hombre; pero tienen menos gusto para las anécdotas, que el que se tenía en el siglo anterior, porque la vida pública es menor en éste. Los que han escrito en latin permanecen muy inferiores, porque se han sujetado especialmente á las formas, de manera que la historia se encuentra disfrazada y pobre de detalles, que son los que le dan carácter.

Maquiavelo, 1469-1527.—La historia tenía un gran paso que dar; tenía que pasar de las impresiones individuales y de los hechos separados á la accion general, de los hombres aislados á las fuerzas políticas, á la union de los elementos sociales. Fué dirigida en este sentido por Nicolás Maquiavelo, que en el cuadro que hace preceder á sus *Historias florentinas*, incompleta y defectuosa como es, dirige sus miras sobre las causas remotas de los acontecimientos y fija su atencion en los puntos principales, omitiendo hablar de los pormenores ineficaces. Aunque no fué un grande observador, tenía abundante dosis de juicio práctico para juzgar la utilidad de los hechos; era un estadista activo y especulativo, gran diplomático y escritor insigne, pero no daba una importancia proporcionada á todos los elementos de la vida social; apenas las bellas artes y la literatura, gloria de su patria, aparecen en medio del choque de las armas y de las intrigas de los gabinetes.

Sus *Discursos sobre las Decadas de Tito Livio* no son obras ni de un crítico ni de un historiador; no examinan la certeza de los hechos; lejos de descorrer el velo de los misterios del gobierno romano, ni siquiera sospecha de él: se limita á tomar pasajes de su autor, como lo hacian entonces los predicadores, y parte de este texto para discutir sobre diferentes materias. No debe, pues, buscarse en él la historia antigua, sino continuas aplicaciones, y el conocimiento de los hombres y de la sociedad. No busca por esto, como Montesquieu efectos y antítesis para sostener proposiciones caprichosas con ayuda de documentos elegidos al caso ó por designio, pero se muestra convencido por su propia experiencia, sin cuidarse de que den fe ó no á lo que escribe. Para él la única gloria es obtener buen éxito, y el mejor instrumento la fuerza, sea la de Esparta para conservar ó la de Roma para conquistar. Reniega del derecho; reniega tambien de Cristo sustituyéndole no sé qué religion astrológica: reniega del progreso, diciendo que «si se quiere que un partido ó una república puedan vivir mucho tiempo, es necesari-

rio dirigirla con frecuencia hácia su principio.» (8) Según él, la humanidad sometida al influjo de los astros, recorre un círculo inevitable del bien al mal y del mal al bien (9), y en las instituciones políticas de la monarquía á la aristocracia, y de esta á la democracia, hasta que la anarquía trae de nuevo en pos de sí al rey.

La claridad, la brevedad y el poder son cualidades constantes de su estilo, méritos tanto más dignos de alabanza, cuanto más raros eran en su época. Por lo demás, procede sin arte, sin reminiscencias clásicas, de tal manera, que pasó por no saber el latin; y sus mismos periodos son á veces cojos, en atencion á que se dirige únicamente á la fuerza. Como poeta, además de sus comedias en las que manifestó cuánto podía mejorarse el gusto nacional, compuso Maquiavelo las *Decennales*, miserable imitacion de Dante, en las cuales cuenta los acontecimientos contemporáneos. En el *Asno de oro*, que sólo por el título recuerda la espiritual sátira de Luciano, finge haberse extraviado en una selva en la que una dama le salva del furor de los monstruos que la habitan y le conduce á una casa de animales alegóricos.

Nacido en Florencia, de ilustre sangre (1498), fué nombrado, cuatro años después de su entrada en los negocios, secretario de la guerra, en el consejo de los Diez, y permaneció en aquel puesto catorce años, hasta el momento en que, al cambiar de señoría, fué destituido. Habiendo sobrevenido los Médicis, le hicieron poner preso por sospechoso, y después aplicarle al tormento. Resistió al verdugo, pero no á las caricias del príncipe, á quien trató de *buen padre*, y al cual dirigió

(8) *Décadas III, 1*. Véase nuestro juicio en el tomo I, página 6, y en el tomo III, pág. 12. «Maquiavelo en vez de darnos las *Historias florentinas*, como se titula su libro, sólo escribió la historia de las *ambiciones florentinas*. El estado económico y moral de aquel pueblo se encuentra en tal postracion, que no se advierte la diferencia entre el siglo de los Médicis y el de los Buondelmonti y los Amadeos.» R. MAGNOSI, *Dell'indole e dei fattori dell'incivilimento*. Parte II, § 3.

(9) «Las sociedades tienen costumbre en los cambios que verifican. pasar del orden al desorden, y volver después de éste al orden. En atencion á que no permitiendo la naturaleza el detenerse á las cosas mundanas cuando llegan á su perfeccion, como no pueden ya ascender, es preciso que vuelvan á bajar; lo mismo sucede una vez que han bajado y llegado á lo más ínfimo de los desórdenes; pues no siéndoles posible descender más, es necesario que suban; de esta manera es como siempre se bajó del bien al mal, y del mal se sube al bien.» *Storia*, lib. V.

El rey, que contribuyó á la participacion de la Polonia, hizo la refutacion del *Príncipe* en su *Anti-Maquiavelo*, y decía: *El Príncipe de Maquiavelo es por lo que respecta á la moral, lo que la obra de Espinosa en materias de fe. Espinosa zapaba los cimientos de ésta, y no se dirigia nada menos que á derrotar el edificio de la religion; Maquiavelo corrompió la política, y emprendió destruir los preceptos de la sana moral. Los errores de uno no eran más que errores de especulacion; los del otro correspondian á la práctica.*

desde su prision versos suplicantes y excusas (10). Restablecida la república, se le despreció, como avasallado á los Médicis. Cuando volvieron éstos, hizo obrar á sus amigos y mujeres para obtener un empleo, y no habiendo sido escuchado, se quejó, gimió sin saber acomodarse á la fortuna y conservar su dignidad. Entre tanto, tenido por hombre extravagante, y de opiniones singulares (11), vivía siempre en discordia con los demás, siendo el corifeo de la gente de buen humor, enamorado á los cincuenta años (12), y escribiendo malas comedias. Le escribían de Florencia: *Como no estais ahora aquí no se oye hablar de juego, de tabernas ni de otras cosas por el estilo*.

En medio de aquella existencia de placer, emitia juicios llenos de exactitud sobre las condiciones de la Italia de entonces; acudía á las asambleas de una de las numerosas hermandades devotas de Florencia, y pronunciaba en ella á su vez un discurso. Habiendo tomado una vez por texto el *De profundis*, concluyó invitando á sus oyentes á hacer penitencia; «á imitar á san Francisco y á san Gerónimo, que para sujetar la carne é impedirle les hiciese sucumbir á tentaciones perversas, lo consiguieron el uno revolcándose sobre espinas, y el otro destrozándose el pecho con una piedra.... Pero nosotros (añadía) estamos engañados por los deseos libidinosos, rodeados de errores, envueltos en los lazos del pecado, y nos encontramos en manos del demonio; conviene, pues, para libertarnos de ellas, recurrir á la penitencia y exclamar con David: *Miserere mei Deus*, y llorar amargamente con san Pedro.» De tal manera predicaba quizá poco antes de salir á cantar la siguiente serenata:

Napoleon decía: *Tácito ha hecho novelas, Gibbon es un declamador; sólo á Maquiavelo se puede leer*. (De Prads, embajador en Polonia.) Cuando Napoleon no estaba ya á la moda, se publicó el *Maquiavelo comentado por Bonaparte*. Paris, 1816

(10) Han sido publicadas por primera vez, por ARTAUD, *Carácter y errores de Maquiavelo*. Paris, 1825, donde trata de disculpar al autor.

(11) Francisco Guicciardini le escribió: «Como habeis sido siempre, *ut plurimum*, de opiniones extravagantes en oposicion con las del mayor número, inventor de cosas nuevas é insólitas, creo...» 18 de mayo 1521.

(12) Escribia á Vettori el 31 de enero de 1514, enviándole un soneto amoroso: «No puedo responder á vuestra última carta por nada que me parezca más á propósito que por el adjunto soneto, en el que vereis cuanta destreza ha desplegado el bribon del amor para encadenarme. Ahora bien, las cadenas con que me ha atado son tan fuertes, que desconfío enteramente de mi libertad. No sé cómo hacer para libertarme en algun dia; porque aunque la suerte ó cualquiera combinacion humana me abra algun camino para verme libre de esta aventura, no me aprovecharia de él; ¡tan dulces y ligeras me parecen á veces estas cadenas y otras tan pesadas! Resulta de ellas una mezcla de ideas tal, que creo no poder vivir contento sino de esta manera. Siento que no esteis presente para que os burláeis unas veces de mis llantos, y otras de mis risas. Todo el placer que disfrutariais lo experimenta nuestro amigo Donato,

Abre á tu amante las cerradas puertas...
Deje el orgullo de empañar tu faz;
Sigue de Venus y su corte el reino...
Si eres piadosa, encontrarás piedad.

La burla y la incredulidad constituyen, pues, el fondo de sus opiniones; y su objeto es lograr un buen resultado. Para abrirse camino y contraer méritos, tomó á su cargo enseñar á Julian el modo de conservar su reciente dominio, y al efecto escribió el *Príncipe* (13); pero después que aquel

que, con la amiga de que os he hablado, es el único puerto y refugio de mi pobre nave, que había quedado sin timón ni velas, por la tempestad que le ha perseguido de continuo. No hace dos días que podía yo decir como Febo y Daphne, etc., etc. Sus cartas de enero y febrero de 1513 son tan obscenas, que sería un exceso el mencionarlas.

(13) La carta que damos aquí anonada las estrañas conjeturas que se han hecho sobre el origen y el objeto de este libro.

«Estoy en el campo, y desde mis últimos negocios no he pasado, entre todos, veinte días en Florencia. Hasta ahora me he entretenido en cazar tordos por mi misma mano, levantándome antes de ser de día. Yo mismo preparaba las varetas con la liga, é iba cargado con multitud de redes, tanto, que se me hubiera tomado por Geta, cuando volvía del puerto con los libros de Anfitrión. Cogía lo menos dos tordos, y lo más siete. De esta manera he pasado todo el mes de setiembre; y aunque insípido y estraño como este placer, me ha faltado con gran disgusto mio. Os diré cuál es mi vida desde entonces.

«Me levanto con el sol, y voy á un bosque mio propio, que hago talar; permanezco allí dos horas viendo el trabajo de la vispera, y paso el tiempo con aquellos leñadores, que siempre tienen alguna diferencia ya entre sí, ya con los vecinos. Cuando abandono el bosque, voy á un manantial, y desde allí al sitio arreglado para la caza de los pájaros, con un libro debajo del brazo, unas veces Dante, otras Petrarca, ó alguno de los poetas de segundo orden, como Tibulo, Ovidio y otros semejantes. Leo aquellas amorosas pasiones; sus amores me recuerdan los míos, y me complazo un momento con aquellas ideas. Después voy á la hospedería: hablo con los que pasan, me informo de las novedades de su país, oigo diversas cosas, y anoto los diferentes gustos y caprichos de los hombres. Llego entonces la hora de la comida, en la que como con mi compañía los manjares que produce mi pobre casa de campo y mi exiguo patrimonio. Terminada aquella, vuelvo á la hospedería. Por lo comun encuentro allí al posadero, ó á un carnecero, un molinero y dos panaderos. Me encanallo todo el día con ellos jugando á los naipes ó al chaquete, lo que produce mil cuestiones, con acompañamiento de injurias; porque con frecuencia se disputa por un sueldo, y se nos oye gritar lo menos desde San Casiano. Entregado á esta vida miserable, distraigo mi mal humor, y alivio la malignidad de mi suerte, alegrándome de que me persiga por este sendero, á ver si al cabo se avergüenza. Al anochechar me vuelvo á mi alojamiento y entro en mi gabinete; me despojo al momento de aquel traje de campesino lleno de fango y basura, me pongo vestidos espléndidos y curiales; ya decente de esta manera, entro en el tribunal de los hombres antiguos: acogido de ellos con benevolencia, me repongo con este alimento que *solum* es el mio, y para el cual he nacido. No tengo vergüenza de hablar con ellos y pedirles razon de sus acciones, á lo cual me contestan con

abandonó el poder, dirigió su discurso á Lorenzo, declarándose adicto á él, y pidiéndole socorros (14). Es libro de una prudencia del todo romana, inexorablemente lógica y egoista, fundada en el derecho rigido. Dice, que el tirano debe tener sin cesar en la boca las palabras de justicia, lealtad, clemencia y religion; pero no inquietarse por faltar á ellas cada vez que lo exija su interés; que las crueldades son necesarias en un gobierno nuevo, y que es preciso más bien hacerse temer que amar, cuando no se puede obtener uno y otro; que el objeto del gobierno es durar, y esto no es posible sino con ayuda del rigor, «en atencion á que los hombres son ge-

política. Por espacio de cuatro horas no siento ningun fastidio, olvido todo pesar, no temo la pobreza, no me espanta la muerte, y me dedico enteramente á ellos.

«Como Dante ha dicho que la ciencia no se adquiere sino conservando en la memoria lo que se ha oído, he anotado lo que me ha parecido notable en su conversacion, y he compuesto un opúsculo *De principatibus*, en el que me dedico tanto como puedo á consideraciones sobre este asunto, discutiendo lo que es el principado, cuántas clases hay, cómo se adquieren, cómo se sostienen, por qué se pierden, y si alguna de mis fantasías os ha agradado en algun tiempo, ésta no debe desagradaros. Este opúsculo debería tambien ser bien acogido de un príncipe, y sobre todo de un príncipe nuevo; lo dedico, pues, al magnifico Julian. Felipe Casavecchia le ha visto; él podrá informaros y daros cuenta de la cosa en sí misma y de las conversaciones que he tenido con él: continúo, sin embargo, aumentándolo y corrigiéndolo.

«He hablado con Felipe, con respecto á este pequeño trabajo, para saber si era bueno darle á luz ó no, y en caso de la afirmativa, si convenia que yo lo llevase, ó si debía enviarle. No entregándole yo mismo, temia no ser leído siquiera por Julian, y que Ardinghelli se honrase con mi última obra. Ahora bien, estoy inclinado á darlo por la necesidad de salir de apuros, pues me empobrezco, y no puedo permanecer mucho tiempo de esta manera sin llegar á ser despreciable por mi pobreza. Después deseaba que los señores de Médicis me empleasen aunque comenzase por dar vueltas á un molino, en atencion á que si no consigo su proteccion, después lo he de sentir. Una vez que hayan leído este escrito, verán que no he pasado durmiendo ni jugando los quince años que he estudiado el arte del hombre de Estado; y cualquiera debía darse por satisfecho de poder servirse de alguno rico en experiencia adquirida á espensas de otro. Con respecto á mi fidelidad, no pueden dudar de ella en atencion á que habiendo observado siempre la fe, no puedo faltarla en el día. El que hasido hombre de bien y fiel por espacio de cuarenta y tres años que tengo, no debe cambiar de carácter. Ahora bien, para atestiguar mi fe y mi honradez, tengo mi pobreza.

«Desearia me escribiérais lo que pensais sobre este asunto, y me recomiendo á vos. *Sis felix.*

«Die 10 decembris 1513.—NICOLÁS MAQUIAVELO.»

(14) «Que vuestra magnificencia acepte este corto don con el mismo ánimo que le envío. Si este libro es considerado y leído con cuidado, reconocerá mi estremado deseo de verle llegar á la grandeza de la fortuna que sus cualidades le prometen. Y si vuestra magnificencia se digna, desde el colmo de su elevacion, dirigir algunas de sus miradas á estos humildes lugares, reconocerá como oportuno, sin haberlo merecido, una grande y continua malignidad de fortuna.»

neralmente ingratos, falsos y turbulentos; de lo que se sigue que es preciso contenerlos por temor del castigo.» No aprueba que se pase de la humildad al orgullo, de la compasion al rigor cuando se hace sin las *graduaciones convenientes* (I, 41). Basta pedir á alguno sus armas sin decirle: *quiero darte muerte con ellas*, «porque puedes, cuando las tienes en tu poder, satisfacer fácilmente tu deseo» (I, 44).

Todo esto está espuesto con la frialdad de un algebrista, ó de un general que calcula cuántos miles de hombres necesita para ganar una posicion dada. Dice que César Borgia hizo «todas las cosas que debian hacerse por un hombre prudente y hábil, para echar raices en los Estados que le habian adquirido las armas y la fortuna de otro.» Termina diciendo: «Considerado el conjunto de todas estas acciones del duque, no puedo censurarle; me parece, por el contrario, que debía proponerle por modelo á todos los que, por fortuna, y con las armas de otro, han llegado al poder.» (15)

Los que se han imaginado que habia escrito irónicamente, y para hacer odiar á los pueblos la autoridad de uno solo, mostrando cuánta sangre y lágrimas hace correr (16), ó, como hizo Sunderland con Jacobo II, para que los Médicis llegasen con sus excesos á convertir la paciencia en furor, éstos han escuchado más bien el sentimiento humano que la verdad de las cosas y su union. No cesa de separar á los tiranos de todas las medidas que pueden irritar inútilmente. Por lo demás, Maquiavelo manifiesta en todas partes lo que es en el *Príncipe*. En sus *Discursos* en los que con frecuencia se refiere á lo que dice en este libro (III, 42, 9, etc.), enseña abiertamente que la idea de la justicia ha nacido de ver cuán útil era el bien y cuán nocivo el mal (17); que los hombres no eje-

(15) *Príncipe* VII.

(16) El primero, segun parece, fué Alberico Gentile, que en su obra *De legationibus*, VIII, 9, escribe: *Sui propositi non est tyrannum instituire, sed arcans ejus palam factis, ipsum miseris populis nudum et conspicuum exhibere.* El cardenal Reinaldo Polo, que estuvo en Florencia pocos años después de la muerte de Maquiavelo, dice que «muchos ciudadanos que habian sido amigos íntimos suyos, le dijeron que á los que le preguntaban, respondia siempre que habia seguido, no por su propio dictámen, sino el modo de pensar de aquel á quien dedicaba el libro del *Príncipe*, porque aborreciendo semejantes gobiernos, habia tratado constantemente de arruinarlos; de manera que si la persona á quien fué dirigido el libro, hubiese acogido ó puesto en ejecucion los preceptos, su reino hubiera durado muy poco, y se habria precipitado por sí mismo.» *Apolo ad Carolum V casarem*; Brescia, 1774, t. I, pág. 525.

(17) «De aquí nació el conocimiento de las cosas honestas y buenas, diferentes de las que son perniciosas y malas, porque se vió que si alguno hacia daño á su bienhechor, los hombres le odiaban y compadecian al otro; que hacian cargos á los ingratos y honraban á los que habian sido reconocidos, pensando tambien que podian haberseles hecho las mismas injurias. Con objeto de evitar semejante mal se decidieron á hacer leyes, á ordenar cas-

cutan el bien sino por necesidad; mira como señal de grandeza de la república romana «el poder de sus ejecuciones y la calidad de las penas que imponia al que delinquia.» (III, 49). Proclama la maxima de los terroristas del 93 (III, 6), de «que no hay peligro en las ejecuciones, porque el que ha muerto no puede pensar en vengarse.» Segun él, Rómulo no hizo mal por haber muerto á Tacio y á su hermano Remo. Refiere las traiciones con una indiferencia que se asemeja á la complicidad, y en su embajada al duque de Valentinois dice: «No sé qué mejores preceptos dar á un príncipe nuevo que el ejemplo de las acciones del duque» (18). En la *Vida de Castruccio*, novela histórica, arreglada, no á los tiempos del héroe, sino á los del autor, hace notar que este jefe «no trató nunca de vencer por la fuerza, cuando pudo hacerlo por el engaño, porque decia, el éxito y no el medio es el que dá la gloria,» y cree que las acciones hábiles (*virtuose*) de Castruccio, y sus *grandes cualidades* pueden ser un magnifico ejemplo.

En todas partes muestra una profunda indiferencia hácia las víctimas y simpatías por el éxito, cualesquiera que sean los medios. La traicion no es un mal sino en tanto que no consigue su objeto. Deben evitarse las conjuraciones, porque con frecuencia tienen mal fin; y es mejor arrepentirse de no haber hecho, que de haber obrado. Hace un cargo á los florentinos por no haber destruido en 1502 la rebelde Arezzo, y todo el valle de Chiana, porque, «cuando toda una ciudad falta al Estado, un príncipe no encuentra mejor remedio para ejemplo de las demás y su propia seguridad que destruirla;» de otra manera «se le tiene por ignorante y por cobarde.» (19) Cree que no puede subsistir una república sin luchas entre los grandes y la plebe, y que de estas luchas solamente nacen las leyes favorables á la libertad. Poco importa que un particular sea víctima de una injusticia; basta que la república esté resguardada de la fuerza extranjera y de las tramas de las facciones poderosas; por donde se ve que Maquiavelo considera lícita y buena la injusticia con tal que aproveche al público. Si se delibera acerca de la salud de la patria, no hay para que cuidarse de que una cosa sea justa ó injusta, piadosa ó cruel, laudable ó ignominiosa (20). En efecto, esto es necesario si se quiere formar un Estado conquistador, pero no cuando se desea, como en las naciones modernas, un gobierno templado, un pueblo activo, que defienda su independendencia, no las injusticias, y que de consiguiente necesita ofrecer garantías, al trabajo, al progreso, á la libertad de todos.

tigos para los que contraviniesen, y de aquí procedió el conocimiento de la justicia.» *Décadas*, I, 2.

(18) Tambien se encuentran estas palabras en sus *Cartas familiares*, XL: «El duque de Valentinois, cuyas obras imitaria constantemente si fuera príncipe nuevo...»

(19) *Décadas*, II, 25.

(20) *Idem*, III, 41.

En el siglo precedente se había empezado a difundir la máxima desastrosa de que las cosas del Estado no deben regularse según las leyes de la moral ordinaria y las reglas del derecho particular. Debilitada luego más cada día la autoridad espiritual y disminuidas las verdades de la fe, el adormecimiento de la conciencia pública preparaba el camino del despotismo. Maquiavelo formuló aquellos teoremas; y suponer en el *Príncipe* una intención opuesta a la que aparece, equivaldría a creer que Aristóteles habla irónicamente cuando sostiene el derecho de la esclavitud: porque así como nada era más natural en aquella época que el avasallamiento del hombre, la traición y la perfidia en tiempo de Maquiavelo eran cosas comunes. La política no era la ciencia de los derechos de los príncipes: apoyábase en los hechos, en la experiencia; era el arte de dominar con honradez ó sin ella, de sostenerse á todo precio. En un Estado no consistía en hacer frente al peligro, sino en hacer sucumbir en él á su enemigo, en perseverar en sus odios, en disimularlos, en hacer espresar al semblante lo contrario de lo que siente el corazón, y en cubrir con el velo de las dulces palabras los más atroces designios.

No es sólo en Italia donde se pensaba y obraba de esta manera; cuando Leon X daba un salvoconducto al cardenal Petrucci, y le hacia después poner preso y dar muerte á su llegada; cuando César Borgia sorprendía, infringiendo los tratados de paz, á los tiranuelos de la Romaña, veíase á Carlos Quinto comprometerse á ceder el Milanesado, y después negarse á ello; á Francisco I renunciar á la Borgoña, y después conservarla, recibiendo además el consejo de apoderarse de la persona del emperador á su paso por Francia; al gran Gonzalo jurar sobre la hostia dejar al duque de Calabria retirarse adonde quisiera, y después conservarle prisionero; convidar al duque de Valentinois, y después enviarle cautivo á España; á Fernando el Católico, invitar al Gran Capitán á acudir á Madrid, con el pretexto de conferirle honores, y tenerle lejos del teatro de su gloria. Informado de que Luis XII se quejaba de haber sido engañado dos veces por él, exclamó: ¡Por Dios que ha mentado el bellaco! le he engañado más de diez. Vetase á los suizos desertar en el momento decisivo, al cardenal de Sion entregar al saqueo á los brescianos, que él mismo había hecho se declarasen contra la Francia; á ésta y á la España vender á sus aliados en sus tratados de paz. Entre semejantes gentes la política no podía enseñar más que el medio de evitar la astucia por la astucia y un asesinato con otro.

Maquiavelo se limita á esponer estas prácticas como cosas naturales, sin ninguna pasión; calculando friamente los medios y el objeto, no quiere hacer pasar el mal como bien, sino como útil (21).

(21) «Siendo mi intención escribir una cosa útil para

Con respecto á saber si lo que es útil debe preferirse á lo bueno, es una cuestión propia de frailes. Así es, como el químico enseña á emplear los venenos y los abortivos; pero no es él quien decide si conviene ó no usar de ellos. La tranquilidad con que se ha atrevido á publicar en alta voz lo que en el día se temería confesarse á sí mismo, prueba que no había nada que repugnase á la opinión admitida, que ha descrito simplemente lo que entonces se practicaba, en lugar de haber sido el inventor del arte que ha recibido de él su nombre. Pero se perdona con más facilidad una mala acción que la teoría de ella, y hay más indulgencia para el crimen que para el sofisma.

Es, sin embargo de notar que aun sin Maquiavelo, los hechos habían pasado ya en teoría, y veinte años antes del *Príncipe* se publicó la vida de Luis XI, escrita por Commines, en que se profesan aquellas doctrinas (22). El ingenio Montaigne (*De lo útil y de lo honesto*) dice «que en toda organización política hay oficios necesarios, no solo abyectos, sino viciosos: y que los mismos vicios sirven para mantener el vínculo social, como los venenos la salud: dice que existen ciudadanos capaces de sacrificarse por la salvación del país, pero que si el bien público exige que se mienta, que se haga traición, que se mate, deben dejar tales oficios á personas más diestras. La historia de Guicciardini es una continua predicación de las mismas doctrinas. Francisco Vettori escribía: «Tendría por una de las mejores noticias la de que el turco hubiese tomado la Hungría y se dirigiese hacia Viena: que los luteranos hubiesen vencido

quien me lee, me ha parecido más conveniente conformarme á la verdad efectiva de la cosa, que á la idea que se han formado de ella. Ahora bien, muchos hombres se han imaginado repúblicas y principados que no se han visto nunca ni reconocido si tienen realidad; porque hay tanta distancia de la manera en que se vive á la en que se debía vivir, que el que deja lo que se hace por lo que debería hacerse, atrae antes su ruina que su conservación. Es preciso, en efecto, que el que quiere hacer en todo profesión de hombre de bien, sucumba entre tantos otros que no lo son. Le es, pues, necesario á un príncipe que quiera sostenerse, aprender á no ser bueno, y á usar ó no usar de bondad según la necesidad...» *Príncipe*, XV.

(22) T. I, p. 137 de la edición de la *Sociedad histórica*; *Jevoux* declaró una tromperie ou habileté aussi qu'on vaultra nommer, car elle fut saignement conduite.

P. 278: *Il pourra sembler, au temps advenir, á ceulx qui verron, cecy, que en ces deux princes (Luis XI y el duque de Borgoña) n' y eul pas grant foy... mais quant on pensera aux aultres princes, on trouvera ceulx-cy grans, nobles et notables et le nostre tres saige... je cuyde estre certain que ces deux princes y estoient toux deux en intention de tromper chascun son compaignion.*

T. II, pág. 311: *Ludovic Sforce estoit homme tres saige... et homme sans foy s'il veoit son prouffit pour la rompre.*

Commines admite la Providencia como árbitra de los destinos de los reinos; pero dice que es necesario hacer conocer también la perversidad del mundo, no para servirse de ella, sino para preservarse. Tomo I, pág. 237.

en la Magna, y que los moriscos, que César quiere expulsar de Aragón y de Valencia, se resistiesen y fuesen no sólo aptos para defenderse sino para ofender.» Poco después vivía fray Pablo Sarpi, y escribió también un *Príncipe ó Consejos á la señoría de Venecia*, sobre el modo de gobernar sus súbditos en Levante; ahora bien, declara que no debe fiarse de ninguna manera de los griegos, sino tratarlos como animales feroces, limarles los dientes y las uñas, humillarlos con frecuencia, y sobre todo evitar las ocasiones de que puedan amaestrarse en la guerra. Pan y palo, esta ha de ser la regla: la humanidad debe reservarse para otra ocasión. Declara en otra parte que «el mayor acto de justicia que puede hacer el príncipe, es sostenerse;» quiere que se prohíba el comercio á los nobles, porque produce grandes fortunas y costumbres nuevas (23).

La doctrina de Maquiavelo era, pues, general. Su supremo deseo era un gobierno fuerte, «inspirando temor á los grandes, con el objeto de que no pudiesen organizar facciones, que son la ruina de un Estado.» (24) En su consecuencia, cita á Florencia el ejemplo de Venecia, que «tenía sujetos á los hombres poderosos.» (25) Manifiesta la necesidad de «formar un mismo cuerpo de todo lo que es ciudadano, de modo que todos no reconozcan más que á un solo soberano;» (26) y exhorta á Lorenzo de Médicis á que adquiera vigor para libertar á la Italia de los extranjeros. Con respecto á saber qué es preferible, si la república ó la monarquía, ó esto le importaba poco, ó cambió de opinión en este asunto según su fiebre intermitente por la libertad. Pareció en fin que desesperaba de los poderes fraccionados de las repúblicas, y declaró «la necesidad de una mano real para enfrenar la excesiva corrupción de los caballeros;» esperó, pues, que el duque de Valentinois procuraría á su país aquella unidad vigorosa; después cuando el duque fué «rechazado por la fortuna,» se volvió hacia Lorenzo de Médicis, sin duda mucho menos capaz, sostenido por un papa aun joven. Faltándole también esta esperanza, se adhirió á la república florentina; pero en todos los casos insistía en la represión de los caballeros. A la manera de los escritores vulgares, juzga del resultado inmediato, sin reconocer ni los resultados lejanos ni el objeto; admira á Borgia, y sin embargo basta un soplo para disipar las mu-

chas astucias y violencias de éste; bastan ciertas circunstancias que él no había previsto.

¿Qué resultó de ello para él? Los tiranos no se cuidaron del consejero, y solo el cardenal de Médicis le encargó una embajada cerca del capítulo de los frailes menores de Carpi, y el hermano de aquel prelado le asignó una pensión para que escribiese la historia de Florencia. Pero al cumplir esta misión, tenía gran cuidado de evitar el ir con detalles intempestivos (27). Fué, pues, una felicidad para él el que la muerte le evitase el embarazo de contar hechos contemporáneos, en los que le hubiera sido imposible mantenerse á la capa. Además de que no teniendo á la vista sino á Roma y Grecia, modela por ella á Florencia, no atendiendo á los principios de ésta; hace nacer del acaso lo que era efecto de un desarrollo constitucional, y con la abstracción y el accidente priva á la historia de la vida que se encuentra en los cronistas.

No es de seguro entre semejantes caracteres donde se debe buscar el liberalismo, y es preciso otra firmeza, no bastando la persecución. ¿Cómo se ha de considerar un hombre austero y un ardiente republicano en Maquiavelo, que no cesa de exhortar á someterse al gobierno, cualquiera que éste sea; que tiene por amigos á los calaveras de Florencia, y por confidentes á políticos abyectos, traidores á su patria? Esclavo de innobles apetitos, y continuamente ansioso de dinero, consideraba como el colmo de la miseria vivir humilde y oscuro, y tenía necesidad de ruido, goces, amores, y del favor de los grandes y empleos lucrativos. Para obtener lo que desea, adula á Leon X, á Clemente VII y al incapaz Lorenzo; éstos le aplicaban el tormento y Maquiavelo los alababa, mendigaba sus gracias, y para lisonjearlos insultaba al estimable gobierno de Soderini.

Ya los contemporáneos que conocían las consecuencias de aquella política, se rebelaban contra la inescusable ligereza de Maquiavelo, y maldecían los perversos consejos de su libro del *Príncipe*, que había enseñado al duque de Urbino «á arrebatar á los ricos sus bienes, á los pobres el honor, y á unos y otros la libertad.» En su consecuencia, procuró retirarlo de la circulación; pero el pueblo no quiso devolverle el empleo de secretario de la guerra en el consejo de los Diez (28). De

(27) Escribía, en 1524, á Guicciardini: «Teniendo que entrar en ciertos detalles, tengo necesidad de saber si no arriesgo el desagradar ensalzando ó rebajando los acontecimientos; consultaré conmigo mismo, y trataré de que aunque diciendo la verdad no desagrade á nadie.»

(28) «El motivo del grande odio que se le tenía generalmente, fué además de su lenguaje licencioso, de una vida poco honrada é indecorosa para su clase, la obra que compuso con el título de *Príncipe*, y que dedicó á Lorenzo, hijo de Pedro y nieto de Lorenzo, con el objeto de que se hiciese señor absoluto en Florencia. En aquella obra (verdaderamente impía, que debia ser no sólo vituperada sino suprimida como él mismo trató de hacerlo después

(23) Se encuentran en las *Memorias del abate Morellet* (Paris, 1825) una carta de Pedro Verri, del año 1766, en la que dice: «¿Qué otro país que el nuestro ha producido un Maquiavelo, un fray Pablo Sarpi? Dos monstruos en política, cuya doctrina es tan atroz como falsa, y muestran friamente las ventajás del vicio, porque ignoran las de la virtud.»

(24) *Della riform. di Firenze.*

(25) *Disc. lib. I, 49.*

(26) Carta á Vettori.